

PLENITUD DE LÓPEZ VELARDE *

Por don FRANCISCO MONTERDE

La primera etapa en la evolución lírica de López Velarde tuvo comienzo y final en Zacatecas: va del impulso inicial en su poesía, al instante en que Josefa de los Ríos decide interrumpir las relaciones —lo que se pudiera considerar como una *amistad amorosa*—, hacia mediados de noviembre de 1909. El poeta resuelve, entonces, que el libro formado con la selección de composiciones publicables, en su mayoría inspiradas por la musa de Zacatecas, se halla completo —cerrado por tal ruptura— pues estaba a punto de darlo a conocer en Guadalajara, Jal.

No obstante el propósito de editar ese libro que tenía Eduardo J. Correa, en 1910 —y que se aplazó por haber dejado la dirección de su revista jalisciense—, transcurre poco más de un lustro, antes de que aparezca modificada, adicionada, en 1916, *La sangre devota*.

¿Qué impresión habría causado la obra inicial de López Velarde, si hubiera sido lanzada al público, desde la ciudad jalisciense, el mismo año en que se conmemoró en la capital de la República, de manera resonante, el Centenario de la Independencia?

Probablemente, aunque lo comentaran críticos sagaces como Puga y Acal, habría tenido que compartir la atención del público —el metropolitano, al menos— con las odas diazmironianas, las poesías bucólicas de Othón y Pagaza, las traducciones y los poemas originales del maestro Sierra, entonces devoto de los parnasianos, y los poemas de los redactores de *Revista Moderna*.

No era propicio el momento para la tendencia nacionalista —el modernismo fue cosmopolita—, que la Revolución mexicana, cuyo estallido sucedió al esplendor superficial de la conmemoración centenaria, iba a alentar con la sacudida de ese terremoto político, en los años siguientes.

Es difícil imaginar el primer libro de López Velarde publicado en 1910, aunque su autor y González León se adelantaran algunos años a lo que

* Leído en sesión pública efectuada el 25 de junio de 1971.

prosperaría en el curso de la Revolución, durante el siguiente decenio. De haber aparecido antes de noviembre de aquel año, habría tenido que esperar quizá su divulgación, como algún otro de los libros revolucionarios.

Seguramente comprendió el mismo López Velarde, entonces, que no era oportuno lanzar su obra en aquel momento de aparente calma en el que los festejos del Centenario —desfiles y bailes sobre un volcán de inminente erupción— intentaban ocultar ante los invitados de todo el mundo el relampagueo de la tormenta que en el horizonte se anunciaba amenazadora.

Si fue así —y es probable que así haya sido—, la aparición del libro inicial de López Velarde quedó, en realidad, pospuesta no sólo por el movimiento renovador gestado en años precedentes y por el hecho de que el autor de *La sangre devota* dejó la lira para tomar la pluma de combate, al simpatizar con el maderismo, opuesto a la continuación de la dictadura.

Madero representaba, para él, la libertad —aun con las indecisiones y timideces que reprochó al apóstol—, y en busca de esa libertad, para obtener el derecho de pensar sin trabas y respirar con amplitud, sin grilletes ni opresiones no sólo materiales, abandonó temporalmente la poesía lírica, de amor, por la prosa del periódico diario que, a pesar suyo, con frecuencia inesperada se impregnaría de lirismo porque quien la escribía era poeta.

Más de un lustro aguardó, antes de circular, el volumen que se afirmó y robusteció con la espera. Su aparición en pleno modernismo —cuando Rubén Darío, su representante por excelencia, aun sin cargo oficial, llegaba a Veracruz y recibía homenajes en el puerto y en Jalapa—, habría sido prematura, como acontecimiento frustrado.

Publicada *La sangre devota* en 1916, salió a luz en el momento oportuno; el interior de la República, virilmente agitada, llamado “provincia”, por la tradición hispana —la Nueva España estuvo dividida en provincias—, iba a hacer acto de presencia en la poesía, no sólo en la prosa, después de que había sido ámbito resonante, escena preferente, de 1911 a 1915, en los años de más intensas luchas civiles mexicanas, dentro del siglo presente.

La poesía de esos años, a la que se sumaba la de nuestra juventud, con inquietudes sociales, iba a agitar sus gallardetes —que la agrupaban con Rafael Cabrera y Alfonso Cravioto—, al sacudir marasmos y rutinas, por el nuevo impulso procedente, sobre todo, de esa obra de López Velarde bajo cuyo signo y esplendor auroral se situaba.

En relación con los movimientos literarios, aunque arrastrara, en rimas y moldes como la décima, estela inevitable, resabios del romanticismo —“¿Quién que es, no es romántico?”—, había preguntado el poeta de Nicaragua—, surgía en el mejor momento, en instante propicio para afirmarse y triunfar, más tarde, plenamente: en el ocaso del movimiento modernista.

Quedaba ya situado el poeta dentro del sucesor posmodernismo que había anunciado Enrique González Martínez con el soneto que principia: "Tuércele el cuello al cisne" —símbolo dariano— y López Velarde venía a confirmarlo, aunque aún empleara, a veces, moldes modernistas, como el soneto alejandrino, y se complaciera en el empleo de voces nuevas.

Como algún innovador de aquellos con quienes el posmodernismo se fragmenta al diversificarse —la América del Sur tuvo al "creacionista" Vicente Huidobro—, Ramón López Velarde pudo afirmar, en *La sangre devota*, su propósito de cantar a la bizarra, es decir: apuesta, beligerante capital de su Estado "...que es un cielo cruel y una tierra colorada", a la que encomiará, dice, "en verso sincerista".

El "sincerismo" es la tendencia que prefiere López Velarde, a partir de *La sangre devota*. El verso "sincerista" —partidario de la sinceridad, en poesía—, será aquél de la adjetivación desusada, que comunique al lector la sinceridad de algo nuevo, acabado de nacer, al calor —llamear de fogata encendida en el vivac— de la Revolución mexicana.

En el verso velardeano "sincerista", lo típico, local, adquiere relieve propio, que lo hace inconfundible: la montaña de Zacatecas —la crestería de la Bufa— es

... un corcel que se encabrita.

La campana mayor de la Catedral

... suena simultánea
con el primer clarín del primer gallo,

y el poeta compadece, en la intimidad, al Pontífice que no puede escucharla.

La frialdad del ambiente es "unánime". Avivadas, por ella, las mejillas, las recatadas jóvenes de su capital,

le parecen:
con rostro de manzanas,

ilustraciones prófugas
de las cajas de pasas,

al evocar los vívidos rostros que aparecían impresos entre encajes de papel calado, al abrir las cajas oblongas procedentes de Málaga, que contenían las menudas pasas comprimidas.

El paisaje zacatecano se complementa con la capilla al dorso de la montaña, y las

... altas
y bajas del terreno, que son siempre
una broma pesada,

dice el "sincerista" poeta.

Para Ramón López Velarde, la "provincia" era, a la vez, presencia y ausencia: desde Aguascalientes y San Luis pensaba en la natal Jerez y en la capital del Estado: Zacatecas, al añorarlas como estudiante que desea la llegada de las vacaciones para volver al hogar paterno, abandonado temporalmente.

Después, fallecido el padre y alejado de la familia —madre, hermanas y hermanos—, para obtener su título y un empleo, se inserta en otros ambientes provincianos que no sustituyen, con sus aspectos, paisajes y gente, el medio añorado por él en tierras potosinas.

Finalmente, cuando se traslada a la capital de la República, hacia 1912, y en definitiva se establece en ella, en 1914, no dejará de evocar López Velarde, con viva nostalgia, la tierra de sus mayores, el ambiente zacatecano.

De ese modo, sus escritos en prosa y en poesía, vienen a ser fruto de esa nostalgia, como lo fue *María*, para Jorge Isaacs. Añora la patria chica —el Santuario, la alameda, el paisaje local, la Plaza de Armas.

Si se revisa cada una de las primeras poesías de López Velarde, aquellas que escribió y publicó en revistas y periódicos, entre 1906 y 1912 —descartada alguna que conservó inédita—, puede comprobarse el acierto del autor, al elegir las que incluiría en *La sangre devota*. No sólo desechó aquellos poemas en que la adjetivación, aún imprecisa o sentimental, no estaba de acuerdo con las normas por él establecidas al dignificar los temas —catolicismo, amor, provincia—; eliminó cinco o seis poesías dedicadas a Josefa de los Ríos, a pesar de que algunas de ellas, como "El adiós", no habría deslucido en el conjunto.

Varias de esas poesías —que a veces daban tema a sus prosas— fueron rehechas por él, a pesar del propósito de no volver sobre lo escrito, que expresó en el prólogo a la segunda edición de *La sangre devota*. De alguna formada por dos sonetos, eligió el mejor, como en "Para tus dedos ágiles y finos", aquel en que el soneto se torna una sortija de catorce vueltas; detalles que confirman el celo con que procedió al seleccionar los materiales de ese libro, en el cual se propuso prescindir de lo superfluo.

Entre las poesías agregadas al original en fecha más próxima a la de aparición del libro inicial, debe incluirse la titulada "Por este sobrio estilo. . ." —no solamente porque en ella se advierte ya ese dominio del endecasílabo suelto: el verso blanco por excelencia, en español y en italiano, con encabalgamientos —masculino, femenino— que ligan las frases, al pasar éstas de un verso a otro y que hacen de esa poesía una confidencia modulada tersamente.

Hay en ella un verso que la sitúa en el mismo año en el cual salió a la luz pública *La sangre devota*, aunque el autor se adelantara en el cómputo de las tres décadas, al hacer esta afirmación: *Madurez que presides mis treinta años*, la cual debe tomarse como una licencia —no precisamente literaria—

semejante a las anticipaciones, madurez precipitada, en que se complacían los poetas del Romanticismo.

Así quedó cerrado, completo el orbe de ese primer libro cuyos temas giran —bandada de palomas— en torno a los asuntos preferidos: el amor inalcanzable, la devoción ficta, la patria chica, sobresaliente como una torre.

Si no varía el tono, cambian la métrica y las estrofas —herencia aún romántica—, a través de las páginas, y en conjunto forma un muestrario de la lírica, en la etapa de transición del romanticismo al modernismo, superada ya por el poeta. A cada título sigue un nombre, en dedicatorias que son testimonios de amistad y que orientan aún a los lectores, a quienes guían dentro de la órbita afectiva de Ramón López Velarde; en su eje la tónica: *Fuensanta*.

Como era lógico, el proceso evolutivo no se detuvo —no podía detenerse— durante los cinco o seis años que median entre la preparación del primer libro de López Velarde y la aparición de aquél, con el texto definitivo, titulado *La sangre devota*.

El prosista va a ejercitarse —iniciadas en 1907 sus colaboraciones en periódicos de los estados— como comentarista, primero, y después como periodista de oposición que se sitúa al lado de Madero desde que comienza el movimiento antirreeleccionista.

En la transformación del escritor influyen mucho sus contactos con personas radicadas en la capital, no sólo intelectuales, a partir del año en que culmina la dictadura del general Porfirio Díaz; se acentúa en 1912, con la llegada de Madero —López Velarde aspiró a una suplencia en la diputación del terruño—, y se acelera a partir de 1914, cuando va a vivir, con madre, hermanas y hermanos, en la vivienda del número 71 de la entonces avenida Jalisco.

Durante los años de estancia en Aguascalientes y Zacatecas —en aquella ciudad había iniciado sus estudios, y en la segunda capital, de 1900 a 1901, había cursado Humanidades en el Seminario Conciliar, para reanudar esos estudios en el de Aguascalientes, de 1902 a 1903—, tuvo la compañía literaria de Enrique Fernández Ledesma, Pedro de Alba, José Villalobos Franco y Rafael Sánchez, con los que publicó, en 1906, dos números de la revista de literatura *Bohemia*.

De mediados de 1905 a 1907, en la misma ciudad, enlaza otras amistades, cuando estudia en el Instituto de Ciencias, y tiene otros compañeros mientras cursa leyes desde 1908, en el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí, donde obtuvo el título de abogado al finalizar el mes de octubre de 1911, antes de hacerse cargo del Juzgado de Primera Instancia, en El Venado, de la misma entidad potosina.

Desde 1914, instalado López Velarde en México, donde impartirá enseñanzas de literatura y aumentará el número de sus colaboraciones en revistas como la que González Peña preside: *Vida Moderna*; *Pegaso*, que dirige con González Martínez y Efrén Rebolledo, y *El Nacional*, bisemanal de Gonzalo de la Parra.

En México lo acogen, al llegar, con el pintor Saturnino Herrán, el doctor Pedro de Alba, Genaro Fernández Mac Gregor, Nicolás Rangel y el cronista Jesús B. González, a quien seguirá en sus incursiones por los teatros de comedia y aquellos donde actúan compañías de danza y ballet: Antonia Marcé, Anna Pavlova.

Ausentes de México Alfonso Reyes —del que se distanció— y José Juan Tablada —con quien mantiene correspondencia—, lo acompañan los vates José de Jesús Núñez y Domínguez y José Dolores Frías; intima con el poeta y prosista Rafael López —con quien establece cordial intercambio de ideas—; con el crítico Jesús Villalpando, Julio Torri, Genaro Estrada, Samuel Ruiz Cabañas y el poeta hispano Alfonso Camín, que dirige la revista *Castillos y Leones*.

Pronto se les une Fernández Ledesma que llega a México hacia 1916, para ocupar una curul en la Cámara de Diputados. También lo rodean escritores independientes y algunos de los que integrarán, más tarde, el grupo de *Contemporáneos*.

A esas amistades, en conjunto, se debe la vertiginosa evolución —mejor pudiera decirse “revolución”— en el estilo de López Velarde que en *La sangre devota* sólo se había mostrado ligeramente innovador, en cuanto al empleo de adjetivos. González Martínez le orientó hacia valores franceses —de Baudelaire a Laforgue—; Rafael López hacia los sudamericanos: de Lugones a Herrera y Reissig; Núñez y Domínguez hacia los hispanos modernos, con libros y revistas, probablemente.

Se unió a tales influjos, el personal de la maestra Quijano, de 1914 a 1917: López Velarde, según he apuntado, necesitaba contar con la atención femenina —*Fuensanta*, que dejó de prestársela en 1909, falleció el 7 de mayo de 1917—; deseaba que una mujer de talento lo escuchase, atenta, y antes de la publicación de *La sangre devota*, quiso y esperó contar con la inteligente, comprensiva amistad de aquella a quien no se atreve a nombrar en sus versos.

El asedio —lo mismo que el de una plaza fuerte que se niega a rendirse— vino a prolongarse el tiempo suficiente para que las poesías en que el estilo se depura, al dirigirse el poeta a una mente superior, pues el enamorado se volvía cada vez más exigente consigo, en la expresión —a veces, la suges-

ción perifrástica— de los sentimientos que guardaba para sí, callados, y sólo al papel confiaba.

Así nacieron, en su mayoría, las páginas que formarían el segundo libro de López Velarde: *Zozobra* —título que, en realidad, no sólo alude a la personal condición anímica del autor, como el de su primer libro que transparentaba una actitud reverente, análoga a la de un poeta cortés—, en él natural, inseparable de su ser mismo.

De trecho en trecho, el poeta sitúa, a lo largo del libro, una evocación de la infancia, para él remota —“El viejo pozo”—; una estampa de Jerez, a su vuelta —“Para el zenzontle impávido. . .”— o llevado el pensamiento por la amistad del pintor a quien dedica “El minuto cobarde”, recuerda personas y objetos del terruño.

En la poesía amorosa pone humildad y orgullo, adoración y reproche, con el elogio descriptivo de los rasgos de belleza de la mujer amada, quien alternativamente parece alentar y contener la pasión que inspira, y así lo mantiene en constante incertidumbre.

Por su forma trabajada, elaborada literariamente, al apartarse del tono ingenuo que predominó en *La sangre devota*, esos poemas en que el amor se intelectualiza, al elevarse y pasar del corazón a la mente, anuncian procedimientos que lindan con lo críptico y se complacen largamente en la ornamentación barroquista, como acontecerá con la prosa que los siga y acompañe.

Como cualquier barroquismo, el de esa etapa de creación más exigente, en la obra de López Velarde, es resultado de indecisión, pues el escritor desea, a la vez, callar y expresarse, decir y sugerir sólo —a veces, lo inexpressable—, para que el lector avisado intuya y, si puede, alcance a descifrar el sentido oculto de versos que en algunos pasajes conservan aún su herético enigma.

En *El son del corazón*: “El sueño de los guantes negros” —desplazado, trunco— pertenece a etapas anteriores. Los tenaces dobleces hicieron ilegibles palabras y frases, y ha intrigado a la crítica. En él vuelve a *Fuensanta*, como precisa Octavio Paz al profundizar en temas que Villaurrutia había señalado:

Pero en la madrugada de mi sueño,
nuestras manos, en un circuito eterno
la vida apocalíptica vivieron.

La poesía “Humildemente”, situada en *Zozobra* como la última —su dedicatoria dice: “A mi madre y a mis hermanas”—, parece marcar un retorno a la manera que empleó en algunos de los poemas de *La sangre devota*. No sólo por la evocación de la Plaza de Jerez, con su

. . .reloj de la torre,
de redondel de luto
y manecillas de oro.

En la Plaza todo se inmoviliza, cuando

aparece en su estufa el **D**ivinísimo.

El poeta va a confirmar su fe, al humillarse, como ha anunciado:

Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin
me iré como la grulla
del refrán, a mi pueblo. . .

El retorno que promete será, quizá, el retorno a lo sencillo, fatigado de retorcimientos como los de "El retorno maléfico" y sus reiteraciones, ya que, según se ha dicho, en la evolución de los poetas, al ir de lo sencillo a lo complicado, la curva parabólica suele volver a la altura de la sencillez asequible no sólo para una minoría sino para todos los lectores.

Pero antes de haber llegado a la etapa que parecía prometer su evolución, López Velarde entrega, cercana ya su muerte, como un testamento literario —lo inició hacia 1918—, el poema "La suave Patria", que había preludiado una prosa: "Novedad de la patria", recogida en *El minuterero*. Va fechado el 24 de abril y se publicó en la revista *El maestro*, el mismo mes de junio en que concluyó, el día 19, su existencia.

Bajo mi dirección, y ornamentada con finos camafeos por Julio Prieto, se publicó por vez primera aislado, en la plaqueta salida de las prensas de la Imprenta Universitaria, en 1944.

Al iniciar el Proemio afirma categóricamente, a la manera romántica, en primera persona del singular, que deja la lírica para emprender un canto en mesurada épica. El verso heroico, libre de acentos fijos, ubica la invocación dentro de la épica tradicional, pero divide el poema, como si fuese un drama, en dos actos. Un intermedio: "Cuauhtémoc" separa el inicial del segundo.

En el primer acto, Adán de la nueva poesía —según lo llamó Xavier Villaurrutia—, descubre la Patria, pastoril y minera, con tentativas industriales; el paso de las horas, ágiles en la capital y lentas en la provincia. El mutilado territorio viste decorosamente su pobreza y es amplio aún. Como en el paisaje que contempla desde la Bufo, en Zacatecas, el ferrocarril es un juguete. En viaje por tiempo y espacio, ve en las bulliciosas estaciones una mirada de mestiza; la adolescencia: novia, fuegos artificiales, policromía y abundancia; fauna y flora; brío racial: barro con sonoridad de plata; el terruño, la madrugada en limpias calles que huelen santamente a pan; música

y dulces, para regalar el gusto. El cielo claro se ensombrece de pronto con el temporal. Hay un paréntesis meteorológico, el cual abarca desde el pretérito hasta el futuro, al pasar por el presente.

En el intermedio está el héroe, Cuauhtémoc: punto de intersección y alianza entre dos civilizaciones, y efigie de medalla. Tras la captura, los dioses caídos, en la lengua de Tenochtitlan.

La parte final, segundo acto del poema, contiene el encomio de la Patria, a través de las mujeres: mito y verdad; honra y abnegación constantes; lujos modestos. Contraste de imprevisión y escasez: el Palacio Nacional y el país: los dos con estatura de niño. En la penuria y la batalla, el santo amparador: Felipe de Jesús y su higuera portentosa. El poeta imagina el raptu escandaloso de la Patria, de acogedora entraña para lo que en ella sepultan, que da frescor en verano y clemencia en invierno. Anuncia pasión y riesgo: la posible muerte de alma y estilo de la Patria. Aconseja persistir con fidelidad y, como Andrés Bello en su *Silva*, recomienda el feliz cultivo de la tierra.

La terminación del poema "La suave Patria", lo sitúa en la confluencia de dos centenarios: el de la caída de Tenochtitlan y prisión de Cuauhtémoc, al mediar agosto de 1521, y el de la consumación de la Independencia, a fines de septiembre de 1821. Al reavivarse el nacionalismo, lo condujo a la exploración de lo propio, no por una reacción regionalista. Su sensibilidad hace que eleve las expresiones familiares hasta hacer de ellas troqueles poéticos; da nobleza a lo popular, al embellecerlo.

Hay en él, quizá, reminiscencias de óleos que vio en el Colegio de Guadalupe, Zac., y de los decorados "Art nouveau" que aún alcanzó a conocer en la capital mexicana, y que, con los elementos florales, llevó al poema.

Llegó a la interpretación de la patria —*La suave Patria*— por la ruta de la estilización heroica, y nos revela, así, una Patria íntima, acariciadora, a la que invita a mantenerse firme en sus tradiciones, análogas a las de otros países hispanoamericanos.

Así trasciende su poesía, con apoyo en el nacionalismo. Tal es la importancia de ese mensaje que nosotros recibimos del poeta. Nuestro deber consiste en transmitirlo a quienes lo llevarán al futuro: antorcha de fuego perdurable.